

Durante los días 17 a 21 de julio, formé parte del grupo de civiles que es invitado por la Armada a conocer las entrañas del Juan Sebastián de Elcano, en su travesía de vuelta a Cádiz desde Marín, tras finalizar su último crucero de instrucción.

Después de años esperando, me encontré de frente con el impresionante buque, eufórica por vivir una aventura que superó con creces mis expectativas. Aunque también nerviosa por eso de no encontrar ninguna cara conocida, sin saber aún que sería aquel estupendo grupo de personas, las que harían de esta experiencia una de las mejores de mi vida.

Con el primer paso en cubierta, comenzamos a merodear por el reducido espacio en el que conviviríamos, ubicando estancias como el camarote o el aula/comedor, una sala en la que pasaríamos una gran parte del tiempo dando clases y disfrutando de unas comidas estupendas (mi favorita: *el bocadillo de temporal*).

La tarde avanzó con una especial despedida de Marín en la que, como es habitual, un gran número de embarcaciones acompañan al buque en su salida de puerto. Aún más emocionante fue el recibimiento en Cádiz, cómo no iba a serlo si quienes esperaban después de tanto tiempo eran los familiares y amigos de la dotación.

Volviendo al relato, el día terminó con uno de los mejores momentos a bordo, el cine de verano. Imagínense, sobre la cubierta de popa, una proyección sobre una lona y, de telón de fondo, una noche estrellada y el mar en calma.

Como cada día, estiré la jornada acostándome tarde, lo que me complicaba acomodarme a oscuras en la tercera litera, que situaba mi frente a un palmo del techo. Dormí poco, todo lo que pude, ya que estaba impaciente por empezar un nuevo día.

Las horas transcurrían entre actividades, en las que nos enseñaron parte de la rutina de la dotación, algunas nociones de navegación, orientación o seguridad y cada rincón del barco. Esa tarde pudimos al fin, navegar a vela. Y es que la maniobra en un velero centenario no es tarea fácil, pero vale la pena por escuchar el chifle, ver el trabajo coordinado entre el personal y, finalmente, ver las velas izadas.

El tercer día disfrutamos del regalo de subir hasta las cofias. Cierto es que Elcano es espectacular desde cualquier punto de vista, pero la perspectiva y la sensación de libertad que da la altura, el mar y el viento en la cara es increíble.

En nuestro último día de navegación, llegamos a la bahía de Cádiz con antelación, echamos las anclas, el mar era una balsa y aguantábamos 40°. Hasta ese momento no me había parado a pensar en cómo es disfrutar del mar sin zambullirse en él o vivir en un espacio pequeño en mar abierto, con lo que la propuesta de darnos un baño en el Atlántico me pareció una gran

idea. Abrieron una compuerta y uno tras de otro nos tiramos al agua. No hubo mejor manera de cerrar este capítulo.

Quiero agradecer a la Armada y a la Real Liga Naval Española por el privilegio de vivir esta experiencia, en particular, al comandante Manuel García Ruiz y a la dotación por su generosidad.